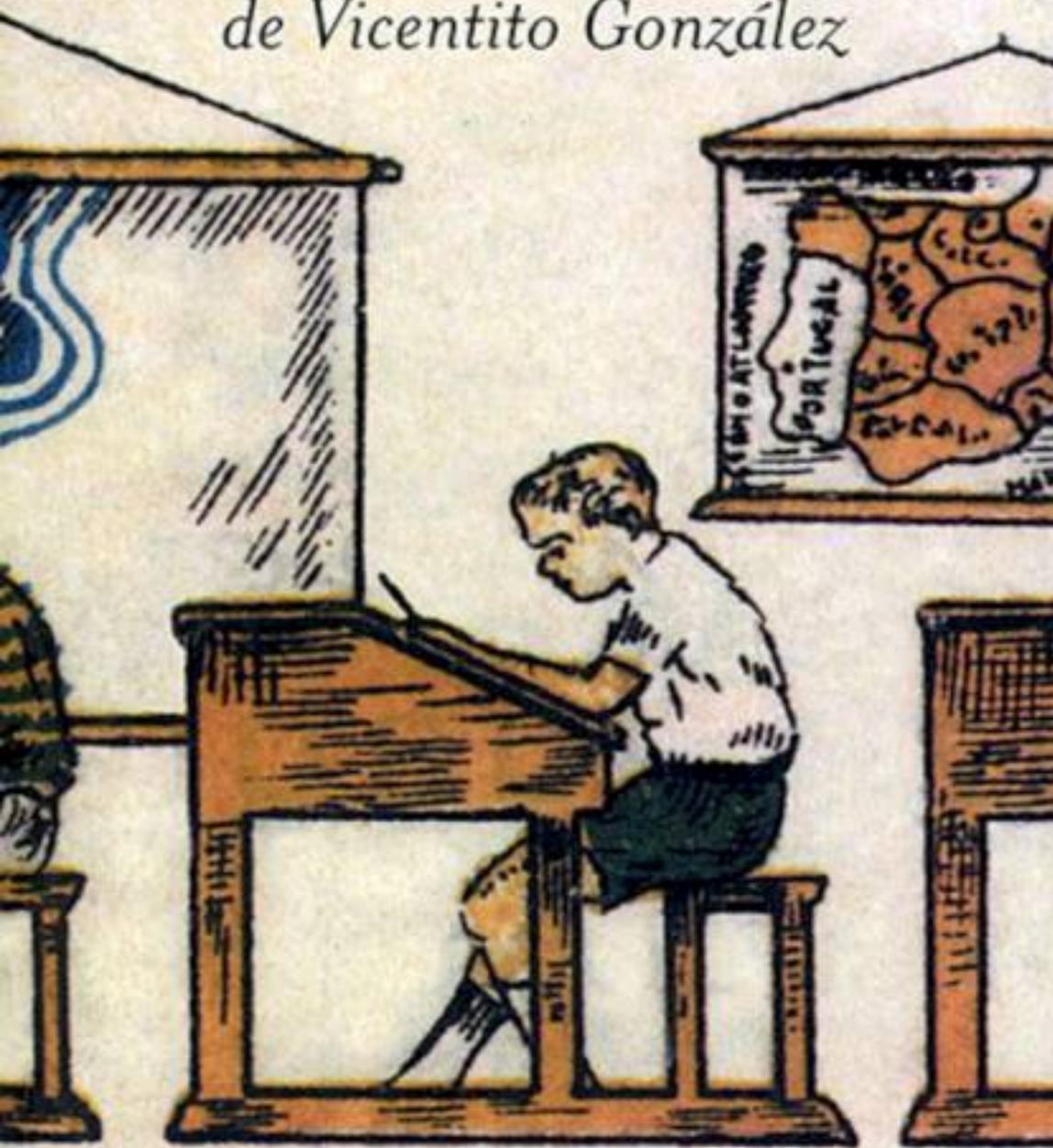


Juan Eslava Galán
Escuela y prisiones
de Vicentito González



En «Escuela y prisiones de Vicentito González», Juan Eslava Galán recrea con mordaz ironía el mundo de curas, monjas, ejercicios espirituales, Domund, Di Stéfano, Kubala y pan con chocolate que marcó los días de colegio de una generación de españoles. Muchos se sentirán identificados y seguirán regocijados de las desventuras del pequeño Vicentito: «Virgen santa, Virgen pura, haz que apruebe esta asignatura».

PRIMERO

El colegio de las monjas

Me llamo Vicente González Moreno. Nací en Villarejo de Cotrufes, un pueblo andaluz y olivarero de calles empinadas, retorcidas y limpias, con tres iglesias, cuatro con la ermita, con casas humildes, pero pulcras y bien encaladas, con sus casas-palacio llenas de balcones y con escudos de piedra en la fachada. Entonces el pueblo tenía trece mil habitantes, el doble que ahora, antes de que muchos emigraran a Madrid, a Barcelona y a esos mundos de Dios.

Mi padre, al que Dios tenga en su gloria, se llamaba Teodoncio González Algarinejo; de profesión, comerciante. Había nacido en Tejares de Salamanca, pero su regimiento pasó por Villarejo de Cotrufes cuando la guerra, donde conoció a mi madre, Presentación García Moreno, de profesión sus labores. Los presentaron en un baile, se gustaron, él le preguntó si quería ser su madrina de guerra, ella se puso colorada y le contestó que sí, se escribieron y al acabar la guerra, cuando él se licenció, volvió y se casaron. Al principio parecía que no iban a tener hijos, pero con el tiempo llegamos mi hermana Presentación y yo, casi seguidos.

Mi padre, al terminar la guerra, vendió una tierrecilla que había heredado en su pueblo y, para ganarse la vida, puso en Villarejo una tienda de alimentación de categoría para aquel entonces, con un abanico de bacalaos en la ventana-escaparate, que obligaba a la gente a pararse para

verlo. Con letras de madera pintadas de negro y pegadas a la fachada, ponía: T. González, y, debajo, en un tablón corrido: Ultramarinos finos y coloniales. Higiene y calidad superior.

Mi padre vendía de todo: delante del mostrador de madera había una fila de sacos, abiertos y con la boca remanada, con garbanzos, lentejas, alubias y judías; a un lado, tarros de cristal con avellanas y caramelos, una caja de galletas María a granel y otra redonda de sardinas arenques. Entonces en el pueblo no había pescadero y la gente comía mucho bacalao y mucha sardina arenque. La sardina se metía en un papel de estraza y se aplastaba en el marco de una puerta para que se le abriera la carne y se sacara mejor la raspa... En el estante de detrás del mostrador se veían los paquetes de achicoria, las latas de atún, las cajas de flan chino El Mandarín, las tabletas de chocolate Virgen de la Cabeza, las pastillas verdes de jabón Lagarto y las cajas de tintes Diana. Del techo colgaban sartenes, ollas y cazos y unas cintas para que se pegaran las moscas, porque antiguamente había más moscas que ahora, dónde va a parar. Ahora, con los detergentes y con los adelantos, casi no hay moscas.

De mi infancia guardo pocos recuerdos. No tendría cuatro años cuando me apuntaron a las monjas del Santo Ángel. En Villarejo de Cotrufes los hijos de los ricos iban al Colegio del Santo Ángel, que era de pago, y los pobres, a las escuelas del gobierno. Aunque entonces los pobres no iban a la escuela, que en cuanto echaban los dientes los ponían a trabajar guardando marranos, pavos o haciendo mandados.

El colegio del Santo Ángel era un caserón antiguo en la calle General Queipo de Llano esquina General Moscardó, que una vieja rica, marquesona creo, le había donado a las monjas. A la entrada había dos columnas de granito, y una ornacina con una Virgen blanca y azul, que sustituía a la que los marxistas rompieron con porros de picapedrero.

Como entonces había poco papel, los párvulos del Ángel Custodio escribíamos en unas pizarras pequeñas, cada uno la suya, con un lápiz de piedra, el pizarrín. A los pizarri- nes les sacábamos punta frotándolos en las columnas de la entrada.

Me hizo mucha ilusión acompañar a mi madre cuando me compró el equipo del colegio: una cartera que olía a cuero nuevo y bien curado, la primera cartilla y una pizarra a la que mi padre ató el pizarrín y el trapo de borrar, para que no los perdiera. Pasé la noche sin pegar ojo de la emoción, encendiendo la luz a cada momento para mirar la cartera, que estaba en la mesita de noche, y la bata del uniforme recién planchada y con las iniciales V. G. M. bordadas en el bolsillo de arriba. Como no terminaba de amanecer, me levanté, me lavé y me vestí sin hacer ruido y me senté en el saloncito con la cartera colgando a la espalda a esperar a que se hiciera de día y mi madre me llevara al colegio. Los zapatos me apretaban bastante porque eran de estreno, pero me sentía tan feliz que no me importaba.

Mientras esperaba abrí la cartera no sé cuantas veces para asegurarme de que no se me olvidaba nada: cartilla, pizarra, pizarrín, trapo, y el devocionario Alfalfa Espiritual para Borregos de Cristo del padre Clarete, confesor de la fundadora, editado por las monjas, que era de adquisición obligatoria, aunque nunca lo usamos.

—Por lo alegre que vas a la escuela, bien se ve que vas a ser un talento —vaticinó María, la criada, al despedirme con un beso.

Salí de casa, con mi madre de una mano y mi hermana de la otra, por la calle de las Torres adelante, cruzándonos con los hombres que iban y venían del campo, las mulas de reata cargadas con los serones, los arados y las herramientas, y con las mujeres que acudían al mercado con el cenacho de la compra. Yo iba más orondo que un marqués pensando que todos al mirarme se daban cuenta de que iba a la escuela con la bata y la cartera nuevas. Mi madre estaba

muy guapa, con su mejor vestido, el reloj chapado en oro y los pendientes de coral que se ponía en las bodas, los bautizos, en Semana Santa y el día del Corpus. Yo apretaba el paso, y si mi madre se paraba a saludar a alguien, me impacientaba. Mi hermana Presentacioncita, como llevaba más tiempo en el colegio, no tenía prisa por llegar.

En el Ángel Custodio la calle era un hormiguero de párvulos esperando a que abrieran las puertas, las niñas a un lado y los niños al otro, con una monja vigilando en medio. La monja mandó a Visi con sus compañeras y le indicó a mi madre la puerta de la Comunidad, que era más pequeña que la del colegio y parecía la de una casa normal, con el zaguán empedrado, la contrapuerta de cristales esmerilados y coloreados en rojo, esmerilado y en azul, el azulejo del Sagrado Corazón adornado con lamparitas, y las macetas de aspidistras, una en cada rincón. Mi madre tiró del cordón, sonó una campana y abrió una monja joven que nos llevó al despacho de la superiora por un pasillo ancho decorado con más aspidistras en maceteros de azulejo, un par de arcones antiguos y cuadros de santos y de mártires. Yo iba embobado fijándome en todo. La superiora estaba sentada en un sillón de cuero, detrás de una mesa muy historiada, y simulaba leer. Cuando se levantó, me pareció que su gorro blanco almidonado, que era como una oca con las alas extendidas, iba a echar a volar. Sobre la mesa había un crucifijo enorme con mucha sangre y una calavera amarilla al pie de la cruz. Nos enseñó los dientes menudos y blancos. Entonces se llevaba esa manera de sonreír entre las damas elegantes, como sonreía doña Carmen, la señora del Caudillo, en los nodos y en las revistas. La madre superiora, o como se llamara la monja jefa, era muy atenta y delante de los padres de los alumnos mostraba la dentadura de bicarbonato, pero cuando no había visitas apretaba la boca hasta que le salían arrugas.

—¿Este niño tan guapo es el nuevo alumno? —preguntó acariciándome la mejilla con una mano suave y fría—.

¡Qué guapo eres, hijo! ¡Y qué cara de inteligente!

—En eso le sale a mi padre, que si le hubieran dado estudios habría sido un portento —intervino mi madre, orgullosa.

—El colegio se alegra de tener un alumno tan bueno —dijo la superiora—, para hacerte un buen cristiano y un hombre de provecho. Aquí tenemos a muchos niños como tú que están deseando ser tus amigos.

La superiora tocó una campanilla de plata y al momento se presentó la novicia, que aguardaba fuera.

—Hermana Martirio, llévese a... —consultó el resguardo del pago que tenía sobre la mesa—, a Vicentito.

Le di un beso a mi madre, que estaba a punto de echarse a llorar de emoción, y seguí a la monja por el pasillo camino de las aulas, con mi cartera a la espalda, tan feliz de empezar mi nueva vida. Años después me contó mi padre que el día que entré en el Santo Ángel, la superiora le sacó a mi madre un donativo de cinco duros —que entonces era un dinero— para la reconstrucción de la capilla del colegio, incendiada por las hordas bolcheviques durante la guerra, y otras catorce pesetas para siete papeletas del sorteo, combinado con el de la Organización Nacional de Ciegos, de una Purísima de yeso —primer premio—, una almohada para hacer encaje de bolillo adornada con un torero y una flamenca bailando sevillanas y la Giralda al fondo —segundo premio—, y una maquinita de liar cigarros marca La Imperial Invicta —tercer premio—. El día del sorteo nos pasamos la mañana pendientes de la radio, pero no hubo suerte: ninguno de los tres premios nos correspondió.

A mi padre no le hacían gracia las colectas y los sorteos de las monjas.

—¡Es que nunca tienen bastante! ¡Es que si por ellas fuera nos sacaban hasta el cerumen de las orejas! ¡Con el díneral que nos cobran por los niños!

—¡No te sulfures, Teodoncio! —lo calmaba mi madre—. Si hacen tantas rifas y tantas colectas será porque están ne-

cesitadas. Fíjate lo bien que están dejando la capilla del colegio para que la disfrute el pueblo.

Lo que más sacaba de quicio a mi padre era que las monjas le escogieran el género en la tienda y le regatearan los precios.

—¡Buenos días nos dé Dios! —anunciaba la hermana Virtudes entrando por la puerta, seguida de la novicia que cargaba con las compras—. ¿Cómo se encuentra hoy, Teodencio?

Mi padre devolvía el saludo de mala gana.

—Aquí nos tiene, una vez más, en busca del sustento de la comunidad. ¡Ya podía usted tener algún detalle con unas parroquianas tan fieles!

—¡Y les estoy agradecido! —respondía mi padre con resignación.

—¡Ni un céntimo le gano a las monjas! —le ponía luego el grito en el cielo a mi madre, y cuando ella intentaba calmarlo, añadía—: ¡Eso cuando no le pierdo dinero, que es lo que pasa la mayoría de las veces, porque lo que compro por cinco se lo tengo que rebajar a cuatro, a éstas...!

—Cuidado con lo que dices, Teodencio —lo reprendía mi madre, dulce, pero firmemente—, que luego tienes que confesárselo al cura. Piensa que les estás faltando el respeto a las esposas de Dios.

Como iba diciendo, la hermana Martirio me sacó del despacho y me llevó por el pasillo de los arcones y de los cuadros y luego por un largo corredor acristalado que daba a un patio donde había una fuente de azulejos con surtidor, rodeada de parterres de flores y macetas. Pasamos otra puerta y atravesamos otro pasillo más estrecho, que no tenía cuadros ni nada, y después de bajar unas escaleras empinadas, con baldosas hidráulicas y huellas de madera, salimos a un patinillo de cemento, con las paredes manchadas de verdín, donde estaban los lavaderos. Dos criadas viejas que lavaban ropa en las pilas de piedra me miraron con lás-

tima al verme pasar. La hermana Martirio descorrió el cerrojo de una puerta que daba al patio del colegio, entramos y me dijo:

—Ahora a esperar a que lleguen los niños, que ya te dirá la hermana Valle dónde tienes que sentarte.

Cerró la puerta, echó el cerrojo y me dejó solo en el patio. De la calle llegaba el grillerío de los pizarrines afilándose contra las columnas de la puerta. El jardín del Santo Ángel era tan bonito que más bien parecía un florido pensil. La yedra tapizaba los muros de piedra, al pie de los cuales, demarcados por ladrillos puestos de pico, se extendían arriates en los que crecían rosales de distintos colores, dompedros, campanillas, siemprevivas, dalias, alhelíes, y pensamientos, los únicos buenos que había en aquella casa.

También había muchas macetas con aspidistras y azucenas. Creo recordar que no había árboles; si acaso, algún ciprés en la puerta de la capilla o un limonero. El jardín era tan hermoso que las monjas lo prestaban para los reportajes fotográficos de bodas, comuniones y bautizos, aprovechando que la iglesia de San Martín cogía cerca, en la plaza del General Sanjurjo, a cambio de un donativo para las obras de la capilla. Las monjas solamente dejaban pasar a los celebrantes y al fotógrafo, pero si el padrino se alargaba en la propina consentían que entraran los padres de los sacramentados. Bueno, pasen ustedes también, pero procuren no tocar las flores, que son para el altar de la Virgen. Y tengan cuidado con aquel niño, que está mirando mucho la petunia que nos envió la hermana Clepsidra de las misiones. La monja mayor, la que enseñaba los dientes, había decidido que el estropicio de la guerra lo sufragara solamente el pueblo, por eso las obras de la capilla iban tan despacio.

—¡Que la paguen los que la quemaron! —sentenciaba —: Y cuando acaben con el edificio tendrán que reponer los ornamentos que profanaron y los cálices que fundieron.

La jornada escolar del Santo Ángel comenzaba con una Santa Misa oficiada en la capilla del colegio. Los niños nos sentábamos en los bancos de la derecha y las niñas en los de la izquierda, con las monjas velando desde el pasillo y los bancos traseros para que guardáramos compostura y recogimiento. Si alguno se distraía o miraba a las niñas, las monjas lo castigaban a meditar en la capilla durante el recreo.

El pecado de mirar a las niñas se agravaba especialmente si se cometía dentro de la capilla, en presencia del Santísimo. Para evitar la tentación, los niños nos sentábamos de medio lado, con la cabeza vuelta hacia la pared, y seguíamos el Santo Sacrificio por el rabillo del ojo. El capellán del colegio, don Próculo, estaba ya viejo y algunas veces se saltaba una parte de la ceremonia, y cuando iba de retirada para la sacristía, inclinado como mandaba el decoro, con las vinajeras y los trapos en la mano, salía de pronto de su recogimiento sacramental, se daba una palmada en la frente y gruñía: «¡Coño, ya se me ha olvidado la Consagración!», y los monaguillos se daban con el codo muertos de risa.

Después de la misa nos congregábamos en el patio ordenados por cursos, en fila de a dos, y la hermana Valle se ponía al frente de los párvulos y decía: «Buenos días, niños».

—Buenos días, hermana Valle —respondíamos a coro.

Fuera de la Santa Misa, nunca veíamos a las niñas, que bajaban al recreo y salían del colegio a horas distintas para que no coincidieran con nosotros. No obstante, como muchas tenían hermanos en el Santo Ángel, las criadas tenían que esperar la salida de los niños para recogerlos también a ellos, y en esa media hora hacían corrillos e intercambiaban miradas y risitas con los mozos desocupados que acudían al ojeo desde la acera de enfrente.

—No miréis a las niñas, que es pecado —nos advertía la hermana Valle— el niño Jesús jamás miró a una niña.

En las clases de la hermana Valle, la mañana se nos hacía eterna. La hermana apenas hablaba porque tenía la garganta muy delicada. A la vuelta de la Santa Misa, después de los rezos matutinos, nos mandaba sentarnos, escribía una muestra en el encerado, (Dios es omnipotente. Los niños buenos son puros. La Virgen fue concebida sin pecado. Los pecadores se abrasan en el infierno eternamente...), y nos ponía a copiarla en las pizarras por delante y por detrás. Cuando alguno le enseñaba la pizarra llena, la cruzaba con un dedo y le decía: Borra y cópialo de nuevo, que te han salido los renglones torcidos; o bien: Cópialo otra vez, que los palos de las tes son demasiado largos. El caso era tenernos entretenidos hasta el recreo. Algunos días llamaba a Federiquito, un niño del curso de la hermana Obdulia que tenía la mejor caligrafía del colegio, para que copiara en la pizarra una muestra de la Cartilla Escolar, Método rápido, de Ediciones Justicia y Caridad, por ejemplo:

La falleba de hierro no corre.
El abuelo va a pie ayudado de su cayada nueva.
Esa moza cecea mucho.
Aurora luce a cepillo su zapatito.
Aniceto se cayó a la acequia.
Domiciano tañe la guitarra tuya.

“Don Francisco Franco Bahamonde fue un niño muy aplicado, estudió para militar y ocupó muchos puestos, sobresaliendo en todos. Tras esfuerzos inauditos consiguió librarnos de la esclavitud y de la barbarie evitando la ruina de la Patria. ¡Oh, Dios misericordioso, protege al Caudillo!”

Mientras los niños copiábamos, la hermana Valle sacaba su labor y se ponía a tejer. La hermana Valle tejía bufandas y mitones para sus sobrinos de Ávila, con el frío que hace allí. Mientras ella hacía primores de un punto al derecho y dos al revés, yo, a fuerza de dibujar muchos palotes, conseguí escribir mis primeras letras, pero a leer aprendí porque

mi padre repasaba conmigo la Cartilla Escolar y el Catón los sábados por la tarde. Él tampoco andaba muy suelto en la lectura, así que de camino aprendió él.

Cuando me quitaron de las monjas, yo era uno de los pocos alumnos que sabía copiar y leer las muestras de la hermana Valle. Fallaba en lo de las cincuenta veces, porque como no sabía contar, en unas ocasiones me pasaba y en otras no llegaba, lo que me costó bastantes coscorriones, repizcos, repelones y pellizquitos de monja, que son la variedad más dolorosa y, en su calidad clerical, siempre dejan cardenal.

A las doce, acabado el rezo del Ángelus, permanecíamos en silencio, atentos a la monja portera, que se encaminaba a la galería superior a tañir la campana del recreo. La monja portera era muy gorda y al subir las escaleras exhalaba suspiros cetáceos y letanías indescifrables. Luego percibíamos sus poderosas pisadas por el corredor, que hacían temblar el techo sobre nuestras cabezas. La campana desataba una algarabía, la hermana Valle se desentendía del curso, recogía su labor y hacía tiempo hasta que evacuábamos el aula para salir la última, después de cerrar la puerta con llave.

Después del recreo venía una monja vieja y pequeña, muy cascarrabias, a darnos la clase de doctrina con el catecismo Nuevo Ripalda de la Nueva España. En esta clase nos poníamos de pie, la mitad a un lado y la otra mitad a otro, e íbamos diciendo a coro el catecismo bajo la supervisión de la monja, que nos dirigía con una vara de avellano, con la cual también castigaba las pantorrillas del que se equivocaba.

—A ver, ¡los errores modernos! —decía.

Y la mitad de la derecha coreaba:

—Los errores modernos condenados por la Iglesia son catorce. El primero...

Y los de la izquierda coreaban:

—¡Materialismo!

- ¿El segundo?
- ¡Darvinismo!
- ¿El tercero?
- ¡Ateísmo!
- ¿El cuarto?
- ¡Panteísmo!
- ¿El quinto?
- ¡Deísmo!
- ¿El sexto?
- ¡Racionalismo!
- ¿El séptimo?
- ¡Protestantismo!
- ¿El octavo?
- ¡Socialismo!
- ¿El noveno?
- ¡Comunismo!
- ¡El décimo!
- ¡Sindicalismo!
- ¿El undécimo?
- ¡Liberalismo!
- ¿El duodécimo?
- ¡Modernismo!
- ¿El decimotercio?
- ¡Laicismo!
- ¿El decimocuarto?
- ¡La masonería!

La hermana Valle era una cincuentona con muy malas pulgas que hablaba muy redicha, pronunciando mucho las eses, porque, como frecuentemente nos recordaba, era de Ávila, igual que santa Teresa. Casi siempre estaba enfadada a causa del flato (como Su Santidad Pío XII, decía ella), por lo que la comida le sentaba fatal. Tenía el cutis blanco como la leche, con una pelusilla rubia de melocotón. Cuando salía al patio se echaba el gorro hacia delante para protegerse del sol. A Onofrito, el hijo del alcalde, y a Felipín, el hijo del médico, que eran blanquitos como ella, les hacía

carantoñas y les decía: «Bizcotelas. Tenéis las manos como bizcotelas». A los morenos nos pellizcaba o nos daba con el canto de la regla en el occipucio, al tiempo que nos decía: «Hijo, a ver si te lavas un poco, que además de negro llevas tanta roña encima que da asco verte esas manos negras como el pecado». Algunas veces he pensado que si no hubiera sido tan moreno me habría ido mejor, no sólo con las monjas, sino en la vida, pero lo de ser claro o retinto es una de esas cosas que uno no puede escoger, como el Maicol Yason. La hermana Valle se había propuesto ser mi valle de lágrimas y me tenía la cabeza llena de chichones, de arrear-me reglazos. A otros niños les daba de plano, que duele menos, y a Onofrito y a Felipín, como eran su ojito derecho, nunca les pegaba, por muchas diabluras que hicieran. Incluso les reía la gracia, con la poca que tenían.

Yo, como soy de buen conformar, soportaba los coscorrones y los pellizcos, pero perdí la ilusión por ir al colegio.

Además de los pellizquitos y los reglazos, las monjas tenían otros castigos. La hermana Valle encerraba a los niños traviesos o desaplicados en el cuarto de las ratas, una habitación oscura y estrecha, sin ventanas, que olía a paño mojado y a cañería.

—¡Fulano, al cuarto de las ratas, a ver si te devoran la cara y te dejan como un leproso!

Instintivamente mirábamos hacia el cuadro del padre Damián, en el que se veía primero guapo como un artista de cine, y luego, después de contraer la enfermedad, feo y contrahecho.

Algunos se resistían, porque le temían más a las ratas que a la monja, pero ella los agarraba de la oreja con una mano mientras les atizaba reglazos con la otra para convencerlos. Felipín y Onofrito Huevo Frito se tronchaban de risa con el espectáculo que dábamos los condenados.

Yo, para qué lo voy a negar, visitaba tanto el cuarto de las ratas, que casi le perdí el miedo y, en lugar de resistir-